

PRECURSORES DE LA EXPERIENCIA DE DIOS

(Meditación de Adviento)

Juan el Bautista Una misión encomendada con su dimensión de carga

La figura del Bautista tiene mucho que decirnos a cuantos celebramos el Adviento; como precursor del Mesías es todo un tipo/figura/modelo de lo que debe ser el testigo del Nuevo Testamento, ante todo en una sociedad en la que JESÚS, es cada vez menos conocido y necesita más de auténticos profetas/precursores del Reino.

Que fue una carga, en su sentido más penoso (incluso, trágico) la misión de precursor para el Bautista, es algo que queda suficientemente explícito, desde su aparición en el desierto de Judea (Mc 1,1-4) hasta su ejecución a manos de Herodes (Mc 6,17-29).

Y es que, no hay verdadera misión en este mundo, no existe responsabilidad aneja al cargo o tarea que uno desarrolla en el mundo o en la Iglesia (padre de familia, político, educador, sacerdote, etc.), que no esté marcada por el esfuerzo y el sufrimiento que todo deber ético y de fe lleva consigo.

Esfuerzo y sufrimiento que no se limitan sólo al cumplimiento del deber, como si se tratara de ser meramente un buen funcionario de la institución. Esto jamás será suficiente para un servidor del Reino. Se trata de llegar a ser una persona con conciencia de misión; una persona que está persuadida de que su realización personal y su felicidad en esta vida, dependen principalmente del modo como lleve a cabo la misión encomendada, la responsabilidad profética asumida en el Bautismo cristiano.

Yo no puedo ser **yo**, es decir, fiel a mí mismo y a mi presencia en el mundo, si no soy un esforzado servidor del Evangelio, poniendo en ello no sólo fidelidad a la tarea encomendada, a mis deberes familiares, sociales y profesionales, sino al mismo tiempo y con conciencia clarividente entusiasmo y creatividad.

¿Podría ser de otra manera, en lo relativo al Reino de Dios? Ni Jesús de Nazaret, ni Juan Bautista, ni ningún verdadero servidor del Evangelio, puede ser fiel a su Bautismo y a su testimonio en el mundo, sin tener que soportar duras cargas. *Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros. Pero no temáis; yo he vencido al mundo* (Jn 16,20-37).

No hemos sido llamados a engaño: nuestra vocación humana y cristiana, dentro de la misión pastoral de la Iglesia al servicio del Reino, es una esforzada lucha: *Desde los días de Juan el Bautista, el Reino de los Cielos exige valentía; y sólo los audaces lo hacen presente* (Mt 11,12)

Ser una persona humana fiel a su propia humanidad, orgullosa de serlo y dispuesta a defender denodadamente su sagrada dignidad de hijo de Dios, es ya tarea titánica en un mundo en el que lo humano se confunde con lo fácil, lo aparente, lo deleitoso, lo superficial, lo rutinario y convencional. Tomarse en serio uno su propia vida, y cuidarse de no echarla a perder, no es planteamiento que se advierta con frecuencia en los ambientes en que nos movemos.

Por otro lado, la vocación cristiana, que no es ni quiere ser otra cosa que una ayuda que recibimos desde dentro para llegar a ser una auténtica persona por fuera, llama a responsabilidades que, con frecuencia, van contracorriente a las aspiraciones del común humano. Las Bienaventuranzas dan buena cuenta de ello (Mt 5, 1-11) Las Bienaventuranzas Evangélicas, que constituyen el cuadro más completo del Reinado de Dios en este mundo, deben ser para la Iglesia un punto constante de referencia en su estructura temporal y en su tarea entre los humanos. El "oro y plata no tengo" de Pedro y Juan, es -o debe ser- el *leit motiv* de todas sus actividades pastorales. *Mi Reino no es de este mundo* (Jn 18, 36-38).

Cualquier tipo de competitividad con los poderes de este mundo y con sus estructuras sociopolíticas, desvirtúa la acción pastoral de las Iglesias y les arrebató su garra evangelizadora, testimonial.

Conciencia de algo grande por venir

Lo más hermoso para mí del Adviento Cristiano es esta capacidad suya de despertar, en quienes lo celebramos, la conciencia esperanzada y anhelante de que algo grande está por venir, y hay que prepararse para recibirlo adecuadamente.

Cuando uno tiene conciencia de que algo grande está por venir, no se duerme en los laureles ni se deja vencer por las dificultades de la tarea encomendada u hostilidades salientes. No somos triunfalistas ni derrotistas, dos actitudes que suelen hacer entre nosotros mucho daño a la evangelización. Tanto por la una como por la otra, renunciamos a ese "más" que está deseoso de darnos nuestro Señor con su ya cercana venida de la Navidad.

Cuando estamos convencidos de que se nos ha prometido algo más, no nos conformamos con lo que lo es menos. Esta es la advertencia -¿mandato?- de Jesús, cuando nos dice palabras tales como: *¡Vigilad y Orad! ¡Estad alerta ante lo que viene! ¡Tened las lámparas encendidas para salir al encuentro del Señor!* (Mt 24,36-25.30)

Dios siempre nos quiere dar más, mucho más. Nuestro pecado es conformarnos con mucho menos de lo que Dios nos quiere dar. Tal vez sea éste uno de los pecados más graves y reiterados de la historia de la Iglesia, y, por tanto, de quienes hacemos dicha historia: conformarnos con la mediocridad de nuestras vidas y la pobreza de nuestro testimonio. Es el pecado de desconfianza en Dios, una desconfianza muy solapada (pero también muy arraigada), que dice, para conformarse, engañándose a sí misma: hay que obrar con prudencia, pues más vale pájaro en mano que ciento volando; más vale mantener lo que hemos conseguido con tanto esfuerzo, aunque no sea lo mejor (porque lo mejor es enemigo de lo bueno), que arriesgarnos en búsquedas soñadoras.

Pero Jesús nos dijo: *Buscad y encontraréis* (Mt 7,7-12; Lc 11,9-13) ¿Buscamos con seria conciencia los cristianos de hoy lo que el Señor nos quiere dar y, de hecho, está dando en el mundo?

Pero Jesús nos dijo: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados* (Mt 5, 6) Si seguimos sufriendo sed, escasez de vocaciones cristianas, falta de presencias evangélicas, como levadura en la masa y luz del mundo, ¿no será porque nuestra hambre y sed, más que de la justicia de Dios, lo es de poder, de influencia, de prestigio y otras vanidades ajenas totalmente al Reino?

Pero Jesús nos dijo: *No se echa el vino nuevo en odres viejos, ni se pone un remiendo fuerte en un paño desgastado* (Mc 2,18-22). ¿Y todavía podemos acusar de reformadores utópicos, espiritualistas y anárquicos, a aquellos que piden un estatuto más evangélico para la Iglesia Católica de hoy? ¿No es evidente, por el desprecio e indiferencia hacia la Iglesia de tantos contemporáneos, personas, por otro lado inquietas y sensibles ante los valores humanos y los problemas del mundo actual, que la estructura cultural, social y jurídica de nuestra Iglesia Oficial (la que es visible a los ojos de la gran mayoría). es un tejido de paño desgastadísimo, al que, cuantos más remiendos le colocamos, más grande se hace el agujero que descubre sus vergüenzas?

Pero Cristo Resucitado nos dice: *He aquí que todo lo hago nuevo* (Apc 21,1-8). Tener miedo a lo nuevo, a lo desconocido, a lo sorprendente, a lo que no podemos dominar porque se compone de valores nacientes, puede ser muchas veces una manera de renunciar al Reino. El Reino de la Novedad como Espíritu. El Reino del Espíritu que no se deja dominar.

La ley fundamental del Reino es perder la propia vida para ganarla. Perder los reinos de este mundo para ganar el Reino de Dios. **Pasión por lo Nuevo** debe entenderse como la más exacta traducción de **preocupación evangelizadora**. NO decimos pasión por lo novedoso o lo que está de moda, que la

mayoría de las veces tiene muy poco que ver con lo verdaderamente **Nuevo**. La Pasión por lo Nuevo equivale a la conciencia clarividente de la necesidad constante de actualización en la línea de respuesta a las grandes necesidades e interrogantes del mundo en que vivimos. La juventud, las ciencias, las nuevas sensibilidades sociales, piden a gritos ser entendidos, comprendidos, integrados en la gran riqueza del Amor de Dios manifestado en Cristo. No oír tales gritos es vivir de espaldas a este mundo, tan amado de Dios.

Nunca será superfluo para un evangelizador plantearse con la máxima seriedad son las necesidades e interrogantes que el mundo de hoy nos lanza al rostro. Algunas de las principales podemos enumerar, tales como: la defensa de la vida humana con todos sus derechos, la defensa del medio ambiente, la defensa de las libertades democráticas y de la autonomía personal, el fomento de todas las formas de participación ciudadana, la autonomía de las ciencias y del pensamiento, la plena integración de la mujer en el tejido social. Esto en cuanto a necesidades de toda urgencia.

En el terreno de las interrogantes, hay dos preguntas acuciantes e insoslayables: ¿Son los pobres los primeros destinatarios de nuestra acción pastoral, y los que ocupan los primeros puestos en nuestras asambleas? Y, ¿por qué las generaciones jóvenes tienen tanta dificultad para escuchar y seguir la llamada de Jesús de Nazaret, llamada que, sin duda, responde a sus más grandes e inalienables inquietudes?

El mundo, con sus procesos y cambios culturales, nos está demandando la luz de Cristo, el testimonio cristiano, la palabra liberadora, que nos permitan contemplar a Dios salvándonos en el corazón de los procesos humanos y humanizadores. **Lo Nuevo** está viniendo a nuestro mundo desde Cristo Resucitado. Por eso no podemos despreciarlo ni dejar de secundarlo con nuestra presencia y acción

Sentido de lo provisional y transitorio

La Novedad Radical del Reino, convierte en provisional y transitorio todo lo que no es el Reinado de Dios en sí mismo. Nada puede suplantar ni pretender equipararse con dicho Reinado. Una Iglesia que ejerce conscientemente su misión de precursora del Reino, que lo anuncia ya venido y actuante en este mundo, debe dejar bien claro que ella no es el Reino (*"Después de mí viene uno que tiene más poder que yo"* Mc 1, 7)

Un precursor, como su etimología indica, es el que abre camino, va por delante (Jn 1, 6-7; 15; 19-28; Mt 3,11; Lc 3,16). Por lo tanto, es el que abre camino, ¡nunca el que lo cierra! No es ocioso recordar aquí que Jesús denuncia a los fariseos y doctores de la ley su hipocresía que consiste fundamentalmente en impedir a los hombres el camino para el encuentro con el Dios de las Misericordias (Mt 23,1-29), con ese Dios que quiere reinar en el corazón de cada uno de sus hijos, y hacerlos libres para el amor. En el extremo opuesto a los detentadores del poder y del saber religioso, el precursor es el que facilita, abre, encamina por las sendas de la libertad cristiana, y goza con el hecho de facilitarlo al mayor número posible

Hace pocas semanas, un buen amigo, persona inteligente y muy preocupada por los caminos de la evangelización en el mundo de hoy, laico y padre de familia, agudo lector de Cristología, me decía, no sin cierta amargura, al terminar el acto de presentación de un nuevo libro sobre Jesús de Nazaret: ¿No te parece que los teólogos complican demasiado lo que es en sí muy sencillo? ¿No te parece que la vida y la enseñanza de Jesús de Nazaret es más asequible, asimilable y practicable de cuanto se desprende de tantas elucubraciones teológica? No pude menos que darle, en buena parte, la razón.

El precursor sabe muy bien que el Dios que anuncia (un Dios que tiene prisa por encontrarse con todos los hombres y mujeres, para tener una relación personal, de intimidad compartida, con cada uno de sus hijos e hijas, sin necesidad alguna de intermediarios (cf Jr 31,31-34)), espera de su precursor que sepa desaparecer a tiempo, basado en su propia experiencia de ser él igualmente destinatario de la Nueva Alianza, Alianza de Desposorio Místicos, que Jeremías profetizara y que se ha realizado en Cristo.

El precursor va por delante, en el sentido de que pre-cede: cuando llega el que se espera, su misión de precursor ha terminado; una vez que se ha alcanzado lo esperado, lo nuevo ya está aquí y todos tienen acceso a ello: *Conviene que Él crezca y yo disminuya* (Jn 3,27-30) Cuando Jesús crece en el corazón de hombres y mujeres, la riqueza y la energía testimonial y ministerial de las Iglesias se hace mucho mayor; la eficacia de su ministerio no se mide entonces con estadísticas de participación, sino con los frutos de pobreza evangélica, fraternidad universal y contemplación de amor, que convierten a las comunidades creyentes en sal de la tierra, luz del mundo y levadura en la masa (Mt 5,13-16; 13,33)

Pero también, va por delante, en el sentido de que ha de hacer suyos los contenidos de lo nuevo que él anuncia, encontrando en ellos la mayor y mejor recompensa para su entrega a la misión y su más auténtico crecimiento personal. *Id y decid a Juan lo que estáis viendo y oyendo...*(Mt 11,2-6) Hasta que el Precursor encarcelado, no ve y oye, en el testimonio de sus discípulos, la novedad radical del Reino, no llega a ser totalmente precursor. Su vida entera cobra un nuevo sentido y sabe y acepta que todo lo ocurrido y por ocurrir en su existencia, es obra de Dios, camino de un Dios que llama para que vayamos delante de Él preparando sus caminos.

¿Es la Iglesia Militante un fin en sí misma y para sí misma? Evidentemente, no. Y hay que recordarlo. Estas palabras de Lucas arrojan mucha luz: *Hasta los tiempos de Juan estaban la Ley de Moisés y la enseñanza de los Profetas. Desde entonces se anuncia la Buena Noticia del Reino de Dios, y todos están llamados (se esfuerzan) por entrar* (Lc 16,16) “**Hasta**” y “**desde**”, indican los dos puntos decisivos: El Bautista señala el momento en que todos nos convertimos en precursores del Reino y beneficiarios del mismo.

Sentido de lo definitivo y gozoso

Así, es como podemos decir, a la luz del Nuevo Testamento, que la misión de Juan como precursor, cambia, no desaparece totalmente, una vez que Jesús de Nazaret ha entrado en escena. Se transforma en otra misión, más alta, más enriquecedora: *la del Amigo del Esposo: ¿Qué salisteis a ver al desierto? [...] En verdad os digo que de todos los enviados anteriores, ninguno ha sido más grande que Juan el Bautista* (Mt 11, 7-16). Grandeza inigualable del Amigo/Esposo, de quien no reniega de su misión, por difícil que se le presente, y en esa misma fidelidad es conducido a la cámara nupcial, a las delicias que no conocen término en esta vida.

En suma: La tarea de un precursor, siempre dura, difícil, arriesgada, oscura, está abierta al gozo de la novedad inagotable del Dios vivo, el Dios Amigo de los hombres, El Dios Esposo de la Humanidad histórica. ¿Cómo va Dios a privar a su mensajero de los frutos más sabrosos, dulces y nutritivos del Reino? Nadie puede ser mensajero del Amor de Dios, sin llevar dicho Amor en su propio corazón, hasta rebosar de él.

Nuestro gozo será también nuestra razón más convincente. El auténtico gozo espiritual transforma el psiquismo humano, elevándolo a la categoría de comunión en el misterio. El misterio deja de ser un concepto teológico recurrente, para convertirse en el ámbito de la experiencia sensible de Dios, en ese clima espiritual que se define como “iluminación interior” y que nada tiene que ver con el llamado “iluminismo”, pero sí mucho con el bautismo cristiano y el seguimiento de Jesús (cf Jn 8,18; 12,36; Ef 5,14).

Somos, sí, luz en el Señor; llevamos en nuestra cotidiana precariedad la Luz del Resucitado, que irradia de nosotros y se contagia como alegría de vivir, como austeridad de vida y solidaridad con los necesitados de cualquier signo, como esperanza invencible de que este mundo nuestro camina hacia una plenitud que nos es desconocida, pero que ha de contener todos los valores relacionados con la verdad, la bondad y la belleza, siempre irrenunciables.

El que vive la experiencia de Dios, la transmite, y deja a quienes la reciben abiertos, abocados al abismo del Dios amante y amigo de la vida.

El gozo espiritual, que equivale al gozo de sentirse ya salvado por el Amor de Dios en Cristo, contagia, a quienes tratamos y nos tratan, la confianza de que Dios quiere que seamos felices, y nos da con su Amor lo que necesitemos para conseguirlo.

Y así, experimentando el amor de Dios en nuestras existencias individuales concretas, gracias a la oración y al clima contemplativo del silencio interior, y sin que tal gracia signifique que nuestras vidas lleguen a ser otra cosa que la de un pobre precursor que acaba su existencia temporal en una mísera cárcel, víctima de maquinaciones de la oscura pasión de una mujer y del poder corrupto de un reyezuelo, sabemos, tenemos la certeza más inconvencible, de que en la marcha de nuestro mundo, seremos, somos todos los seguidores de Jesús, Precursores del Dios que nos habita con su Amor y con su Amor está salvando el mundo.

Las almas contemplativas ven ya, en el corazón de tantos desastres que hacen sufrir a la humanidad histórica, especialmente a los más desfavorecidos -por eso son precursoras: *pre-visoras*- el Reino que no cesa de venir, que está viviendo y trayendo para cuantos lo desean y lo piden (*Maranatha: ¡Ven, Señor Jesús!* Apc 22, 17. 20) brotes nuevos de Paz y de Justicia, cauces abiertos para el abrazo personal con el Eterno Viviente.

A través de su predicación (*Kerigma*), vida sacramental (*Liturgia*), servicio a los pobres (*Diaconía*) y cultivo de la vida interior (*Mística*), la Iglesia debe conducir a los creyentes, y en general a toda persona de buena voluntad, a saberse ya salvados y a sentirse amados por el Dios de Jesús, viviendo la confianza y el abandono en sus manos de Padre tierno y providente (Mt 6, 25-34), el que quiere que seamos felices, aceptando su invitación a ser semejantes a Él en la práctica sin rutinas de la misericordia (Mt , 45-48), *la que hace salir el sol sobre buenos y malos, y manda la lluvia sobre justos y pecadores*.

Cada Adviento, todo el Adviento, es un proceso de ensanchamiento del corazón creyente, de modo que la Esperanza de la Salvación, nos haga más capaces de vivirla ya en nosotros y de compartirla con otros muchos. ¡*Maranatha!*